

Mina de oro

Anécdotas de familia

Héctor Manuel Alvarado Banda



UNIVERSIDAD DE COLIMA

Mina de oro
Anécdotas de familia

MARDE FUEGO

UNIVERSIDAD DE COLIMA

Mtro. José Eduardo Hernández Nava, Rector

Mtro. Christian Torres Ortiz Zermeño, Secretario General

Lic. Jorge Silva Torres, Coordinador General de Comunicación Social

Mtra. Gloria Guillermina Araiza Torres, Directora General de Publicaciones

Mina de oro

Anécdotas de familia

Héctor Manuel Alvarado Banda



UNIVERSIDAD DE COLIMA

© UNIVERSIDAD DE COLIMA, 2015
Avenida Universidad 333
C.P. 28040, Colima, Colima, México
Dirección General de Publicaciones
Teléfonos: (312) 316 10 81 y 316 10 00, extensión 35004
Correo electrónico: publicaciones@ucol.mx
www.ucol.mx

ISBN: 978-607-8356-53-9

Derechos reservados conforme a la ley
Impreso en México / *Printed in Mexico*

Proceso editorial certificado con normas ISO desde 2005
Dictaminación y edición registradas en el Sistema Editorial Electrónico PRED
Registro: LI-011-14
Recibido: Julio de 2014
Publicado: Septiembre de 2015

Índice

Presentación	7
Introducción	11
Genealogía	12
PRIMERA PARTE	
Antecedentes e infancia de Mina	13
Mamá Josefita	13
Gumersindo, el madrugador	15
Saponificación primitiva	17
Una pareja de ancianos andrajosos y tiznados	18
Caballuza	21
El arroyo de El Curro	22
Amarga despedida	24
Drama de amor	25
Papante y macuchi	28
Mina de oro en Sonora	30
Manzanitas silvestres	31
El curandero	32
Insólita cesárea	34
La vaca pinta	34

El morral del chichimoco	35
El misterioso caso de los chiles sin punta	37
El fin del mundo	38
Descubriendo el tinte naranja	40
Dinero llama dinero	42
Un par de zapatos para mamá Raquel	43
Cortando leña	44
Velorio en el barrio chino	44
Aceite de perro	46

SEGUNDA PARTE

Etapa adulta	49
El tonto Trini	49
Iniciando un pueblo y una honrosa actividad	50
Las hornillas de ladrillo	53
El surtidor del valle	54
Meritoria gratificación	56
La Nina Basilia	59
Mina, un ángel de gratitud	60

Presentación

Los cuentos reunidos en este libro están impregnados de nostalgia, cálidos recuerdos y profundos sentimientos: amorosos, paternos, filiales, gastronómicos, históricos, clínicos y geográficos.

Historias con personajes reales, algunos aún existen y otros pasaron a *mejor vida*, pero indudablemente que los de mayor influencia son los de carácter femenino, sobre todo los de Guillermina (*Mina*) y la *Nina*, en especial porque trascendieron en el autor y sus hermanos. Es precisamente en estos textos donde Héctor Manuel vacía lo mejor de sus recuerdos, fortalecidos por una imaginación sensible que los enlaza a relatos casi fantásticos, maravillosos muchas veces y demoledores para nuestra conciencia en otras. Son crónicas que muestran el lado humano de las acciones cotidianas.

Personalmente me causaron emoción las anécdotas de Mina siendo aún una niña, increíble por su astucia, inteligencia y grandes habilidades para resolver problemas.

Un verdadero ángel de la guarda que siempre estuvo en los menesteres más insospechados y los trabajos que, aparentemente, sólo eran reservados para los varones.

Sorprende también la dureza ambiental que enfrentaron los personajes; es decir, el medio geográfico, cuya naturaleza es en ocasiones hostil, agresiva en ciertas épocas del año y dura para la cosecha de frutos mejores. Pero aún así, contra todas esas adversidades, estos personajes de carne y hueso pudieron completar su ciclo vital, soportando penurias y fortaleciendo el carácter a través de las presiones inesperadas de la vida.

Qué valor del autor y qué admirable amor a sus semejantes al ofrecernos, con toda su desnudez, estas portentosas hazañas. Qué afán de *abrirse* a los demás para desnudarnos un alma llena de frondosos recuerdos, cargados de inolvidables frutos, transformados en las vidas de hombres de bien, mujeres de provecho y ciudadanos siempre agradecidos con quienes los apoyaron en todo momento.

Cuando empecé el trabajo de *revisar* estos relatos, pensé que se tratarían de simples anécdotas genealógicas o tradicionales relatos de la vida pueblerina, pero me equivoqué y tuve que reconocer que en lo profundo de mi estructura humana, los argumentos de tales historias me conmovieron. Unas me hicieron llorar y otras reflexionar acerca de lo que yo estoy haciendo con mis propios hijos, adolescentes todavía.

Como padre de familia estoy hablando. No quiero hablar como lector experto en el área de literatura porque me vería pedante y grotesco, ya que lo vital en estas historias no radica en las florituras del lenguaje poético, o las intrincadas complicaciones con que algunos autores suelen recetarnos en el mundo de la posmodernidad. No. Lo valioso de estos relatos es la calidad de vida que nos ofrecen, a través

de una enseñanza imperecedera y que debe merecer una atención reflexiva, porque todos son ejemplos de rectitud, valentía, fomento a los valores positivos y a las formas sanas de convivencia humana, que tanta falta nos hacen en estos años de caos y conflictos.

Estoy seguro lector, que tú también te sentirás tocado por esta narrativa clínica de un reconocido galeno. Déjate llevar por las emociones del relato mismo y sorpréndete con una seria comparación de tu propio pasado... Es decir, ¿ha sido mejor que alguno de estos relatos? ¿Podrías mejorar tu propia existencia a partir de ellos? De ser así, el alma de la imaginación ha tocado tus fibras más sensibles y estoy seguro que también terminarás recomendándolo.

VÍCTOR GIL CASTAÑEDA
Colima, Colima

Introducción

El alma de la familia, célula social, está hecha de pequeños acontecimientos que hilvanan cada uno de sus integrantes hasta formar un tejido de gran complejidad. Cuando se comparte con los demás lo que acontece a cada uno, se aprecia a simple vista la sencillez y la armonía, pero internamente existe una vasta cohesión que le da sustento.

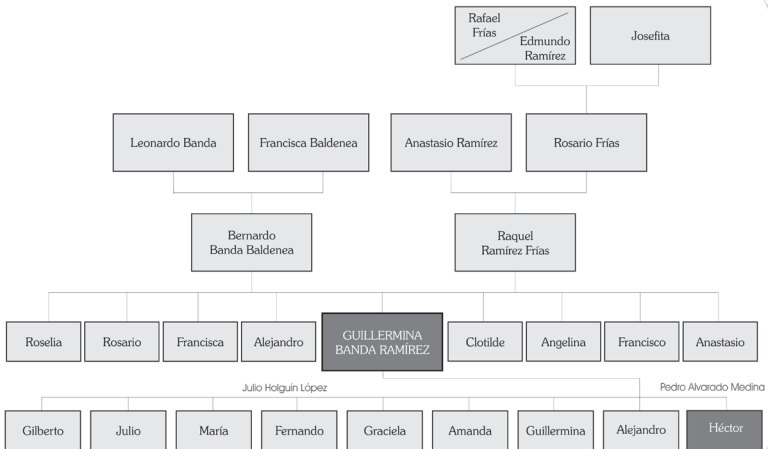
La organización y estabilidad de los pueblos tienen sus raíces en la familia, por ello aquel país que no se proyecta al futuro, en función de los valores de dicha célula, está destinado a sufrir quebrantos que pudieran haberse evitado fácilmente. Las anécdotas que aquí se relatan son hechos cotidianos, en los que se evidencia el amor a la vida y a los semejantes, como valor fundamental que puede calificarse como la esencia de nuestra familia.

Esta recopilación nacida de relatos, está dedicada especialmente a una de las principales protagonistas: Guillermina Banda Ramírez, conocida en su infancia como *Mina*, una mujer con *corazón de oro*, del que jamás se podrá negar la existencia de virtudes como la solidaridad, empatía, sencillez, justicia, sensatez, prudencia y caridad, entre muchas otras.

Vaya pues éste humilde homenaje de uno de sus hijos que tanto la admira y ama.

HÉCTOR MANUEL
Villa Juárez, Sonora

Genealogía



Antecedentes e infancia de Mina

Mamá Josefita

Al fallecer la madre, Josefita quedó al cuidado de su anciano padre, quien presintiendo cercana su muerte casó a la joven hija con un señor de 70 años, con quien no habría descendencia.

En cierta ocasión Rafael Frias, esposo de Josefita y católico con profunda devoción, tuvo el enorme deseo de poseer un ejemplar de la Sagrada Biblia, que en aquel tiempo y lugar era un documento reservado exclusivamente para los sacerdotes.

Con dicho propósito emprendió el viaje desde Candameña —su lugar de origen, cerca del mineral de Ocampo en el estado de Chihuahua— con rumbo a la ciudad de México. Al principio en burro o a caballo, prestados por los rancharos de la región, y después a pie. ¿Cuánto habrá caminado el pobre hombre? Nadie lo supo, pero pasó el tiempo y la comunicación con él se perdió. Todos lo dieron por muerto excepto la esposa, quien lo esperó varios años, segura de su regreso.

Cierto día llegó un rico hacendado español, Edmundo Ramírez, al poblado de Candameña y la sencilla cotidianeidad de Josefita sufrió un vuelco. Obstinado y perseveran-

te, la cortejó sin lograr convencerla durante varios meses, pero fue mucha la resistencia y mayor aún la insistencia que lograron que ella sucumbiera a los ruegos del enamorado. Finalmente, la esposa fiel había perdido toda esperanza del regreso de su ausente marido.

Por algún tiempo recibió a Edmundo en su casa, con suma discreción, pero él acostumbrado a llevar las riendas de su vida, la convenció de ir a vivir a una de sus ostentosas fincas.

Edmundo colocó a Josefita como centro de su existencia, haciendo que aquel amor fructificara. Ella parecía más bella y feliz, y poco a poco fue quedando atrás el remordimiento que la aquejaba al principio de la relación. Un día, él regresaba de sus labores y la mujer radiante de alegría se arrojó en sus brazos dándole la maravillosa noticia de que serían padres. La llegada de una niña los colmó de dicha, pero así como no hay mal que dure cien años, tampoco la felicidad es eterna.

Una nevada noche en la que se encontraban sentados junto al calor de la chimenea, una de las mujeres de la servidumbre les comunicó que había alguien esperando para ser recibido. Edmundo recorrió el largo pasillo que lo condujo hasta la puerta principal de la finca donde encontró a un hombre, serenamente en espera, quien se presentó como Rafael Frías.

El dueño de la casa sólo conocía el nombre del desaparecido esposo de Josefita, y después de la presentación no hubo más intercambio de palabras entre ambos. Mientras el visitante quedó parado en el umbral, Edmundo regresó al lado de quien hasta el momento era su mujer, le dijo que todo cuanto había en ese lugar era de ella, le entregó un camafeo con la fotografía de él y le pidió que se lo entregara a la niña para que siempre lo recordara. La besó en la frente y

dejando en la puerta al desconcertado viejo, salió del lugar para nunca regresar.

La niña fue registrada como Rosario Frías, el apellido del señor que regresó con su deseada Biblia en la mano después de siete años.

Gumersindo, el madrugador

Cuando Leonardo Banda (papá Lalo) y Francisca Baldenea (mamá Quica) se casaron, decidieron llevar a vivir con ellos a Gumersindo, hermano menor de ella; quien a su vez se hizo cargo del niño al morir sus padres. Así creció Gumersindo, al abrigo de la pareja, hasta ser un joven fuerte. Era taciturno y desconfiado, solitario y propenso a disgustarse de las frecuentes bromas que le hacían los rancheros; sin embargo, Leonardo le brindaba la deferencia que se le da a un hermano menor y éste le correspondía con respeto.

Cierta vez, papá Lalo reunía al ganado para herrarlo y llegó a descansar a la sombra de un viejo y alto encino. El caballo que montaba pisó en falso y se hundió. Al ranchero le pareció extraño y una vez que liberó la pata del equino, con una vara tanteó el terreno y pudo palpar en la oquedad algo que parecía una olla de barro, cavó y su sorpresa fue mayúscula al encontrar un gran recipiente repleto de monedas de oro. Lo cubrió de nuevo, pues no llevaba en qué transportar tal cargamento.

Al llegar al rancho continuó su trabajo y por la noche ordenó a Gumersindo que al amanecer pusiera los aparejos a un par de mulas y algunos sacos vacíos, porque muy temprano irían a desenterrar un tesoro que había encontrado al pie del encino viejo que estaba en el camino al rancho Los Pilares. Después se dispuso a descansar.

Fue aquella una larga noche en la que conciliaba el sueño sólo por cortos periodos, en los que se soñaba dueño y señor de una enorme fortuna. Los gallos anunciaron por fin la cercanía de un nuevo día. Se levantó antes del amanecer, preparó y degustó una taza del aromático café que nunca faltaba en su casa; después salió hacia el lugar donde habría de recoger las mulas y los arreos que pidió a Gumersindo le preparara.

Le sorprendió no encontrarlo, ya que el joven solía ponerse de pie antes que nadie en el rancho, pero pensó que estaría dormido pues el trabajo del día previo los había dejado agotados. Fue por las mulas y no las encontró ni tampoco los arreos. Rápidamente ensilló su caballo y se dirigió a galope al lugar, cuyas señas había confiado a su cuñado. Sólo encontró silencio, un hoyo en la tierra junto al árbol y fragmentos de la olla que hacía apenas unas horas contuvo el esquivo tesoro. Y Gumersindo desapareció con aquél enorme capital.

Años después del desafortunado evento, cuando sólo quedaba el recuerdo desagradable y la resignación de lo que pudo haber sido, en uno de los largos viajes que con frecuencia realizaba Leonardo por la serranía del norte del país, tuvo la ocasión de llegar a una hacienda para surtirse de agua para él y su grupo de acompañantes, así como para los animales que los conducían.

Llamó a la puerta de la lujosa residencia, como muchas otras que se ubicaban en la comarca, y salió a su encuentro un joven sirviente, a quien solicitó el servicio al tiempo que preguntaba por el nombre del dueño de la hermosa y bien cuidada finca. El muchacho respondió:

—Es del señor Gumersindo Baldenea.

Enorme fue la sorpresa que se llevó el viajero, pero enseguida recuperó el aplomo y pidió que anunciara su pre-

sencia al propietario de la hacienda. El sirviente preguntó su nombre y se internó en la casona. Después de un desesperante intervalo de tiempo, regresó y le notificó a Leonardo que el señor había salido a un largo viaje y volvería dentro de varios meses, como era su costumbre. El furioso viajero dio la media vuelta y se alejó, mientras el joven le decía:

—¡Señor su agua!

Leonardo no respondió y sin volver la vista, con enérgicos gritos ordenó a sus acompañantes iniciar la retirada. No había nada que hacer ahí ini agua qué recibir!

Saponificación primitiva

Detrás de la bodega del rancho había unos cajones de madera con orificios donde depositaban las cenizas, producto de la quema de leña que servía para cocinar. Diariamente se regaba para obtener un líquido alcalino de color amarillo oscuro (sosa), que a su vez era almacenado.

En un tambo de lámina de fierro depositaban 100 litros de agua que atizaban con leña hasta que hirviera, agregaban de cuatro a cinco litros del destilado de ceniza y depositaban en dicha solución los cuerpos enteros de animales silvestres, previamente sacrificados, hasta llenar el recipiente.

Durante una semana mantenían el contenido a fuego lento, lo removían varias veces al día y luego lo dejaban enfriar hasta por periodo de un mes. Una vez solidificada la mezcla, la pasta resultante se cortaba en cubos y eran repartidos equitativamente entre las familias del rancho. El producto de este ingenio era el jabón que utilizaban las personas para el lavado de la ropa.

Hoy en día el procedimiento de saponificación (o elaboración de jabones) es enseñado en el laboratorio de quí-

mica a los estudiantes de educación media de la siguiente forma:

En un vaso de precipitados se colocan 15 mililitros de hidróxido de sodio (sosa), a concentración de 20%.

Se añaden 10 mililitros de aceite vegetal.

Se hierve la mezcla agitando de manera frecuente con una varilla de vidrio y observando las precauciones necesarias, pues la ebullición puede salpicar y lesionar la piel.

Cuando el agua es eliminada totalmente por evaporación se deja enfriar la pasta resultante.

La saponificación es completa cuando se forma un sólido de aspecto céreo, que al enfriarse se torna duro y quebradizo.

Una pareja de ancianos andrajosos y tiznados

En sus excursiones por la sierra, papá Lalo descubrió una cueva cuya entrada estaba bien despistada por la maleza y raíces de los árboles que crecían sobre ella. A simple vista parecía sólo una oquedad al pie del barranco, pero seguramente el difícil acceso al lugar había impedido su avistamiento.

Había escasas evidencias de que aquel lugar fuese habitado, pero quiso indagar, a fin de cuentas estaba acostumbrado a introducirse al interior de la tierra. A golpe de machete liberó una parte del ingreso y pronto encontró que después de un corto y estrecho pasillo había un ensanchamiento, pero la oscuridad le impedía continuar. Retrocedió y en el exterior halló dos ramas de ocote, encendió una y guardó la otra de reserva. Ya con la tea en su mano pudo explorar el camino, encontró varias cámaras amplias, con enseres de barro dispersos por el suelo. Se internó más y aparecieron otras.

Aquello era una cadena de cámaras esculpidas, seguramente por un río subterráneo.

Para entonces podía asegurar con mayor certidumbre que ese lugar había servido de alojamiento a personas, pues cada vez encontraba más objetos tirados. Poco faltaba para consumirse la improvisada antorcha, cuando hizo un tétrico descubrimiento: acomodados en diversos lugares del amplio espacio interior se encontraban descarnados esqueletos recargados en las paredes o yaciendo sobre el piso. El acomodo de algunos sugería que la muerte los había sorprendido abrazando a un semejante o con algún pequeño en el regazo.

Las lastimosas escenas le hicieron pensar que habían sucumbido ante una enfermedad colectiva. Revisó y encontró más cuadros de desolación y sufrimiento, así que evocó una oración y, debido a que la segunda luminaria le alcanzaría sólo para llegar a la entrada, se retiró con una gran sensación de pesar.

Después de reunir a varios amigos y compañeros en el rancho, volvió al lugar para retirar los esqueletos y darles respetuosa sepultura. En breve, aquello cambiaría el curso de los acontecimientos. El dicho de que “no hay mal que por bien no venga” lo pudieron constatar antes de una semana.

En la región del norte del país, como en muchas otras, las personas habían creado sistemas de comunicación donde participaban individuos cuyas características personales —como buena memoria, velocidad y resistencia— les habían asegurado un oficio. No importaba la distancia, los jóvenes tenían relevos en cada pueblo o ranchería y se les daba el nombre de correo o *propio*. Simplemente se les comunicaba un mensaje verbal, la dirección del destinatario y a la brevedad entregaban el recado; regresaban con la respuesta si el caso lo ameritaba. Y así ocurrió esa vez. La noticia de que *venían los Colorados* llegó pronto. Se trataba de una numerosa gavilla de cuatrerros muy temidos por cometer atrocidades en

los lugares a donde llegaban, dejaban desolación y se decía que eran capaces de matar una res sólo para comerse una pequeña pieza de su carne; violaban a las mujeres y se llevaban consigo a la que les pareciera atractiva; reclutaban a hombres jóvenes y adultos para engrosar sus filas y seguir asolando los lugares por los que pasaban.

En cuanto se supo la noticia, tras enviar a su emisario al próximo poblado, papá Lalo dio la orden de reunir a todas las personas y a todo el ganado. A unos se les encomendó la tarea de guiar a la gente y a los animales al lugar acordado. Lo hicieron diligentemente y con el sigilo de que eran capaces, partieron rápidamente. El grupo de la retaguardia se encargó de borrar las huellas.

Los hombres iban armados por si se presentaba la necesidad de defender a la gran familia, por fortuna no hubo incidentes; mientras se resguardaron en la cueva de los esqueletos. En el rancho sólo quedaron un par de viejos vestidos con andrajos y la cara y cuerpo tiznados, quienes se encargaron de esconder lo poco que quedó. Después de varias horas llegaron más de cien cuatreros, y encontraron a los ancianos juntando algunos leños para atizar el fuego donde apenas había una pequeña ollita con frijoles. Eran visibles los signos de fatiga y hambre de aquellos sinvergüenzas; sin embargo, la soledad del lugar y las nulas posibilidades de satisfacer sus instintos cambiaron sus planes. Miraron con desdén a los viejos, algunos tomaron un poco de agua fresca del pozo, se mojaron el rostro y sin dirigir palabra a los únicos habitantes, marcharon a galope tendido, dejando como única señal de su breve estadía un hermoso pero lastimado caballo, al que consideraron un estorbo.

Cuando papá Lalo y mamá Quica estuvieron seguros de la lejanía de los bandidos, sonrientes se lavaron para retirarse el tizne y las sucias ropas que los cubrían. Horas des-

pués fueron a la cueva por toda la gente, quienes se mantenían preocupados por haberlos dejado en el rancho, pero al final de la aventura celebraron con risas y abrazos.

Caballuza

Cuando los bandoleros los Colorados arribaron al rancho Los Pilares —a todo galope, como era su costumbre, quizá como una estrategia para amedrentar a los habitantes de los lugares que tomaban por asalto—, uno de sus caballos, un hermoso y joven ejemplar andaluz alazán, sufrió un desgarre, al parecer en el tendón de una pata delantera y le imposibilitaba la marcha. *Espiado* —así solían llamarle los rancheros a ese tipo de lesión—, el infructuoso caballo sencillamente ya no se movió del lugar.

Papá Lalo lo cuidó con esmero, sabía por experiencia que el caballo se recuperaría; así que lo alimentó con cariño, le platicaba al oído, lo miraba directamente a los ojos y diariamente le cepillaba su bonito cabello color canela, incluso hasta le dio nombre, al que el caballo respondía moviendo la cabeza. Sorprendentemente el caballo respondía cada vez con mayor confianza, como si entendiera. Pasadas varias semanas se recuperó y, aunque toleró la herradura, transcurrió tiempo antes de ser montado.

El cariño fue de ambos, pero la mayor muestra del animal ocurrió en una parranda de papá Lalo. De regreso a casa y bajo los efectos del alcohol se cayó de su cabalgadura y quedó domido en el suelo. Los hijos mayores habían pasado inquietos la noche, pero en cuanto amaneció emprendieron su búsqueda. Encontraron a su padre en el piso y al caballo parado con las patas abiertas a los costados de él. El noble corcel pernoctó en esa posición para proteger a su amo, en justa retribución por los cuidados recibidos.

El arroyo de El Curro

Nunca se supo cuándo ni quién labró en aquel muro la imponente, bien realizada y elegante figura de un charro. La pared natural es tan elevada e inaccesible que todo intento por escalar hasta donde está el relieve resultaría más que complicado para hacerlo. Al pie del cerro, donde se encontraba dicha pared, pasaba el arroyo y entre ambos se deslizaba un callejón que comunicaba a varias rancherías, en una de las cuales vivía Mina con su familia.

El papá Lalo, patriarca de la familia, poseía grandes extensiones de terrenos de cultivo y numerosos hatos de ganado de varias especies. Era un hombre alto, corpulento y moreno, de carácter fuerte y dominante con los trabajadores, pero al llegar a casa era obediente a los mandatos de su esposa, mamá Quica, mujer de cuerpo pequeño pero de gran voluntad e inteligencia.

Para todos era un enigma el lugar que visitaba papá Lalo dos a tres veces al mes. Simplemente desaparecía y a su regreso argumentaba haber ido a buscar alguna vaca extraviada. Todo marchó según sus cálculos, hasta que un día sus suspicaces hijos, Bernardo y Elías (ambos casados), lo siguieron desde lejos, ocultándose en los escondrijos del accidentado terreno para no ser descubiertos. Después de una hora de camino a caballo, por la sierra, y seguido a prudente distancia, llegó a la boca de una cueva que presentaba signos de ser habitada; se bajó del caballo y esperó un momento antes de que saliera a recibirlo una indígena morena, joven y bonita, se sentaron a conversar y después de un rato se internaron en la cueva.

Indignados los hijos se regresaron y camino al rancho urdieron un plan para escarmentar al ranchero *casanova*. Al día siguiente por la tarde regresó papá Lalo, quien no podía disimular un cierto dejo de satisfacción.

La misma aventura se repitió a la siguiente semana, sólo que a su regreso, durante el ocaso, en ambos lados del arroyo y al pie del cerro donde impassible vigilaba el elegante charro (apodado “El Curro”) esculpido en la pared rocosa, lo esperaban sus hijos. Cada uno con un chivo negro y una navaja en la mano.

A una señal acordada ambos le cortaron el rabo a su respectivo animal, inmediatamente las infelices cabras saltaron y salieron disparadas, emitiendo agudos chillidos de dolor. Una de ellas fue en dirección del jinete que se acercaba. El caballo se encabritó y por poco derriba al experimentado centauro, quien con el miedo reflejado en el rostro lo espoleó para obligarlo a correr veloz hasta llegar a la casa grande.

Al escuchar el ruido que hacían los cascos del agitado caballo, por golpear el empedrado del patio mayor de la vieja casona, mamá Quica salió preocupada a recibirlo, mientras él la llamaba a gritos pidiéndole que lo acompañara a la capilla a rezar, pues acababa de aparecérsese un ente maligno. Poco a poco volvió la calma al agitado espíritu de papá Lalo y no volvió a saberse que faltara a dormir a su casa.

Pasados los días despidió a uno de sus trabajadores, un indio muy de su confianza y predilección, quien se quedaba dos o tres veces al mes por las noches a cuidar del ganado, éste siempre argumentaba la presencia de coyotes que supuestamente se llevaban las crías de las cabras. El indígena fue debidamente indemnizado y tras recoger sus cosas junto con su esposa se marcharon muy lejos, pues el rumbo por donde habitaban estaba maldito.

Amarga despedida

Debían sacrificar aquella vaca, pues la fractura expuesta en una de sus patas la arriesgaba a adquirir una severa infección, además de una larga y penosa agonía.

Bernardo y algunos rancheros la condujeron lentamente y con cuidado hasta las lajas que se encontraban a la orilla del arrollo. La mataron y cortaron la carne para repartirla y emplearla como alimento. La sangre de la res quedó esparcida en el lugar.

En condiciones normales la vaca hubiese muerto de vieja, pues su género era reservado para pie de cría, es decir para procrear; por esa razón solamente utilizaban a los toros y becerros como alimento.

Al llegar la noche empezaron a llegar al lugar del sacrificio toros de la región, el número rebasaba al centenar, éstos oteaban la sangre y golpeaban las piedras con las patas, embistiendo los troncos de los árboles, a la vez que emitían lastimeros bramidos. El aterrador escenario hizo que ninguna persona se atreviera a acercarse. Los niños y las mujeres se subieron a los techos de las casas temiendo un ataque masivo, mientras los hombres armados con carabinas y apostados en lugares seguros, estaban atentos a cualquier giro que tomaran los acontecimientos.

Hasta la madrugada del día siguiente finalizó el triste espectáculo, cuando los desconsolados animales se marcharon, mugiendo su desgracia. Conforme desaparecía la manada, los rancheros bajaban al arrollo para lavar la sangre y evitar que el incidente se repitiera.

El hecho puso de manifiesto que los animales son capaces de sufrir la pérdida de sus congéneres, al igual que los humanos despiden con dolor a sus seres queridos cuando se marchan por el camino sin retorno.

Drama de amor

Los hermanos Bernardo y Francisco cumplían la petición de su padre de llevar la gran cantidad de barricas llenas de sotol hasta El Tigre, donde las tiendas del lugar servían como centro de distribución en la región. Muchos días de camino los separaban de su destino, así como jornadas de fatiga e innumerables peligros, entre los que estaban los asaltos y los decomisos. Para estos últimos se protegían con el salvoconducto, un documento expedido por la autoridad para permitir el tránsito libre y sin riesgo de la mercancía y de los portadores, y para los asaltos había que batirse con los forajidos a fuerza de bala, ya fuera con las carabinas o con los revólveres que portaban en su equipo de diez o doce rancheros.

Para lo que no había protección era para enamorarse de las bellas jóvenes que encontraban a su paso por los pueblos y rancherías en los que hacían escala. Francisco era un joven sensible, apuesto y trabajador, así que varias chicas lo tenían en su *mira*; sin embargo, él pensaba en todo momento en María, a quien en el viaje anterior la dejó con la promesa de que pronto volvería por ella para realizar plenamente su amor y formar un hogar. Varias visitas al pueblo les permitieron conocerse e iniciar un romance limpio y esperanzador. Todos sus planes estaban dirigidos a conseguir la dicha de integrar una familia.

Bernardo lo veía y sonreía, siempre había sido su predilecto y, aunque había algunos años de diferencia entre ambos, se habían criado juntos y en cierto modo era confidente de Francisco; por tanto, estaba contento de la felicidad de su hermano.

Después de un mes de travesía por fin llegaron a su destino, el enamorado no perdió tiempo y dejó a su hermano con la responsabilidad de la entrega de la mercancía para darse un refrescante baño en el río cercano y cambiar-

se de ropas, ya que ni del cansancio se acordó por la premura de ver a su amada. Con un niño del lugar le envió un recado a María y, cuando ella acudió a la cita, él la recibió con la efusividad de alguien que de pronto se siente dueño del mundo; ella le permitió que la mimara, pese a que había en su actitud algo de preocupación. Cuando él recuperó la serenidad pudo notarla y preguntó:

—¿Qué te pasa?

Ella agachó la cabeza y respondió:

—Mientras estuviste ausente platicué con mi mamá sobre lo nuestro. Le dio mucho gusto y me preguntó muchas cosas de ti: que cómo te llamas, cuántos años tienes, sobre tu familia, preguntó muchas cosas, y conforme se las respondía su rostro se iba ensombreciendo, hasta que se quedó callada y me abrazó. No pudo reprimir un sollozo y llorando me dijo que eres mi primo. Que después de tanto tiempo de mantenerse alejada de la familia, la relación se había enfriado hasta perder las noticias más esenciales entre la parentela. Después lo platicó con mi papá y él también se entristeció, porque siendo su única hija sólo quieren verme feliz, pero por otra parte fue inflexible en su decisión y me pidió que terminara con nuestra relación amorosa. Nunca podrás imaginar el sufrimiento por el que he pasado todos estos meses que estuviste ausente, pero finalmente he llegado a la conclusión de que les asiste toda la razón. Siempre nos acosaría la sombra de nuestra consanguinidad. Yo te quiero mucho, pero nuestros planes nunca podrán realizarse.

Mientras ella hablaba, él miraba hacia el suelo, como las bestias de carga que soportaban durante semanas los toneles con los que viajan. El peso de Francisco era moral pero infinitamente insoportable. Se derrumbó y balbuceó algunas palabras incomprensibles, quizá encomendándose a Dios como lo hace un moribundo, o reclamándole por

el trágico final de un romance tan limpio y sincero. Vencer cualquier otro adversario hubiera sido juego de niños, lo había hecho en incontables ocasiones contra muchos infortunios pues era un joven *curtido en la sierra*, pero ante aquellos argumentos no tenía armas para defenderse.

María se levantó con el propósito de marcharse, pero él le pidió que lo acompañara un poco más; la tomó de la mano y sin decir palabra caminaron durante un rato. Sin notarlo, habían ido a parar cerca del cementerio. ¿Sería acaso que la tristeza los había conducido al lugar donde moran los restos de tantas ilusiones frustradas? Cuando levantaron la cabeza pudieron ver las blanquecinas lápidas y él con la sensibilidad a flor de piel sólo pudo decir:

—Las ilusiones, como la vida, terminan aquí. Adiós y cuídate mucho.

Ella creyó comprender la intención de sus palabras, lo miró con profunda tristeza y se despidió con un beso en la mejilla. Empezó el regreso a casa y cuando llevaba menos de cincuenta metros caminados, escuchó la fatal detonación de un arma de fuego. Imaginando lo que pasaba, regresó corriendo para encontrarse con aquella dantesca escena: Francisco se había quitado la vida con su revólver.

Al enterarse Bernardo, lloró desconsolado la muerte de su hermano. Lo veló y dio sepultura en aquél mismo panteón, preguntándose una y otra vez qué explicación daría a sus padres para evitarles el descomunal sufrimiento; las respuestas nunca llegaron a su cabeza y decidió quedarse a vivir en dicho pueblo.

Regresó a los trabajadores al rancho y les ordenó que no revelaran lo ocurrido sino que dijeran que ambos se habían quedado a trabajar un tiempo en la mina y que Bernardo solicitaba que le enviaran a su esposa e hijos, y así se hizo.

Pasaron nueve años para que Leonardo y Francisca volvieran a ver a su hijo Bernardo, quien debido a su deteriorado estado de salud pidió regresar al viejo y añorado rancho a disfrutar sus últimos días de vida.

Raquel y Bernardo tenían nueve hijos (tres hombres y seis mujeres), una llevaba el nombre de Francisca en honor a la abuela, y al que tuvieron después del trágico acontecimiento le pusieron Francisco.

Papante y macuchi

El tabaco es una planta perteneciente a la especie *Nicotiana tabacum* y a la familia de las *Solanáceas*, presenta variedades y es originaria de América. Tras ser condenada por la Inquisición se exportó y puso de moda en Europa a partir del siglo XVI, primero como planta ornamental, más tarde como uso medicinal y después recreativo.

Este cultivo es exigente, pues en promedio se requieren de aproximadamente dos mil doscientas horas de trabajo por hectárea para ser cosechado; además de condiciones especiales de terreno, pH, humedad y temperatura; sobra decir que es delicada porque se tiene que preparar el terreno, sembrar la semilla, trasplantar, abonar, regar, deshierbar, suprimir algunas hojas, despuntar y desbrotar; incluso controlar plagas, recolectar, curar, secar y un largo etcétera. En pocas palabras, cualquier agricultor se lo pensaría dos veces antes de *aventarse al ruedo* —como se diría en el argot taurino— para invertir en una labor de este tipo.

Por tanto es un producto bien cotizado, y para las cosas del campo papá Lalo tenía un excelente ojo. Los agricultores lo saben, no sólo es necesario conocer las condiciones

en las que habrá de trabajarse sino tener ese *algo* que llaman intuición. Un amigo lo definía como aquello que *empieza no sé dónde y termina no sé cuándo*.

Al cambio de color de las hojas de verde a amarillo claro y de apariencia de tener brillo a tornarse quebradizas, la señal es que han entrado en la fase de madurez. Es entonces cuando se empieza con la etapa de recolección y el curado manual; es decir, la fase de mayor trabajo, y no cualquiera aguanta el ritmo.

Papá Lalo cultivaba varias hectáreas, de tal manera que cuando llegaba el comprador (una vez por año), podía tener varios quintales llenos del producto con hojas secas. La semilla se pizcaba para la siguiente siembra.

Mina, como siempre, estuvo al tanto de todo el proceso, pues al concluir le pidió a papá Lalo que le regalara algunas semillitas para jugar con ellas. Él conocía la iniciativa y creatividad de la pequeña y le dio un puñado, al fin que con toda seguridad pronto sabría el destino de ellas. Y así fue.

Semanas después de iniciado el nuevo ciclo pudo presenciar la parcelita de Mina en el patio trasero de su casa. La sonrisa de agrado no se hizo esperar, aunque no volvió a reflexionar en el asunto. Mina, por su parte, no perdía detalle de lo que él hacía y por supuesto lo aplicaba, hasta que concluyó el ciclo siembra-cultivo-venta.

Mientras el comprador hacía el recuento de los costales que papá Lalo le vendería, Mina hizo su aparición con un costal de hojas de tabaco de la variedad *papante* y otro con la variedad *macuchi*, cuidadosamente seleccionadas y acomodadas para ofrecerlas al comerciante. El señor las revisó detenidamente y concluyó que eran de muy buena calidad y retribuyó el trabajo con un magnífico precio de compra, al tiempo que papá Lalo, como premio a su constancia, le daba otra ganancia equivalente al pago otorgado por el comprador.

Feliz por la transacción, Mina compró en la primera oportunidad un vestido y un precioso abrigo para mamá Raquel, para protegerla del inclemente invierno. El resto del dinero y de las semillas las guardó para asegurar el autofinanciamiento del siguiente ciclo agrícola.

Mina de oro en Sonora

Hacía mucho tiempo que Bernardo trabajaba en el subsuelo del mineral de El Tigre, poblado de la sierra de Sonora. Esa, como muchas otras minas, era explotada por norteamericanos con autorización del gobierno de México. Se fundía el oro extraído y lo exportaban a su país, continuando el saqueo iniciado siglos atrás por los españoles.

Los mineros obtenían raquílicas ganancias y se exponían a adquirir la temida pero soslayada silicosis, enfermedad que terminaba con el bienestar familiar y la vida de quienes dependían de ese oficio. Los jornaleros trataban de burlar de muchas formas la vigilancia de los capataces emplazados en la boca de la mina. La forma que eligió Bernardo fue original, la llamó: *los tacos paseados*, pero casi un siglo después me parece mejor el nombre de *los tacos dorados*.

Los hombres que custodiaban la entrada de la mina desempeñaban celosamente su papel. No eran personas que toleraran bromas ni tampoco establecían lazos de amistad con quienes ahí laboraban.

Su trabajo consistía en revisar a quien entraba y salía, examinar cuidadosamente los portaviandas de cada obrero tanto al ingresar a las 7:00 de la mañana como al terminar la jornada laboral a las 3:00 de la tarde. Esta rutina se había ordenado con el propósito de evitar fugas del precioso metal extraído de las entrañas de la tierra con el titánico esfuerzo de los mineros mexicanos; es decir, por esos a quie-

nes se les revisaba con sumo detalle y a quienes se les pagaba mínimamente por dicha labor.

Como todos, Bernardo pasaba por la rigurosa revisión. En cierta ocasión, a uno de los vigilantes le pareció exagerada la cantidad de comida que llevaba, pero perspicazmente él respondió que tenía varios hijos pequeños a quienes les gustaba tanto el sabor de los tacos que le sobraban, que al llegar a casa se los disputaban entre ellos llamándoles los *tacos paseados*. Él no se lo explicaba el por qué de tal gusto, pero suponía que los tacos adquirirían algún sabor especial dentro de los socavones y que por tal razón le pedía a Raquel, su esposa, que le pusiera un número mayor al que podía consumir a la hora del descanso en el subterráneo.

Al parecer la explicación fue bastante convincente para dejar satisfecha la curiosidad del hombre, quien sin preguntar más ni protestar le permitía todos los días el libre tránsito. Ni el ingenuo vigilante ni los extranjeros que contrataban su servicio supieron jamás que eran presas de una más de las tantas burlas de los mineros.

En realidad, cuando Bernardo regresaba a casa, llevaba por lo menos diez tacos cargados con hilos del oro extraído de las vetas. Estos eran fundidos en casa y convertidos en bolas de varios gramos de peso, los cuales guardaba Raquel en un gran florero de vidrio.

Después de todo, hay alguna razón para asegurar que a todos nos gustan los *tacos dorados*.

Manzanitas silvestres

Transcurría el año de 1925 cuando papá Bernardo se desempeñaba como contratista en la mina de El Tigre. En esa ocasión tenía a su cargo aproximadamente a seis mineros, quienes iban a su casa los sábados a recoger sus salarios y, como

de costumbre, mandó a la oficina a sus hijos Alejandro y Mina a recoger el dinero.

Los niños cumplieron el mandato y en una bolsa de lona traían *la raya* de seis días para cada uno de los jornaleros, incluyendo el de su padre. Aunque había camino despejado, a sugerencia de Mina prefirieron irse por el campo para aprovechar y cortar manzanitas silvestres, así que iban preparados con una bolsa extra. Llegaron al lugar y en el primer arbusto dejaron el morralito con el dinero. En ese gran campo de manzanos, iban de un arbusto a otro cortando los mejores frutos.

Para cuando llenaron la bolsa ya no sabían debajo de cuál habían dejado el dinero. Con gran susto iniciaron la búsqueda frenética, hasta que finalmente y después de seis horas encontraron el valioso morralito.

El curandero

La mayoría de los hijos de Raquel y Bernardo estaban aún pequeños cuando en 1924 llegó al pueblo de El Tigre un curandero, diestro en el arte de la recolección y aplicación terapéutica de las plantas. Inquieta como era, a Raquel le llamó la atención la actividad del itinerante conocedor del antiquísimo arte de la herbolaria, por lo que se ofreció como colaboradora gratuita mientras él estuviera en el pueblo, con el propósito de aprender un poco de aquello que siempre le pareció tan interesante. Él aceptó con agrado, pues no era común encontrarse con alguien tan joven interesada en aprender ese oficio.

Durante las dos semanas que permaneció el curandero en el pueblo, Raquel hizo su mejor esfuerzo por aprender todo lo que éste le enseñaba, hasta para identificar las plantas medicinales. Con gran tenacidad repasaba los nombres y características de cada ejemplar del reino vegetal y su

aplicación, así como el efecto que tenían las mezclas en los respectivos padecimientos para los que eran indicados. Parecía una estudiante universitaria preparando con ahínco su examen profesional.

Pero aquel bien intencionado señor tenía que marcharse del pueblo, pues debía visitar otros lugares donde también lo necesitaban. Se despidió mientras ella, como muestra de agradecimiento, le obsequiaba una útil bolsa de piel que había confeccionado especialmente para él a modo de agradecimiento.

Raquel siguió practicando la recolección, separación, mezcla y algunas veces la aplicación de lo que con tanto empeño había aprendido, y como nada en la vida ocurre por azar, tal dedicación debía ponerse a prueba, y parecía que el día del *examen final* había llegado pues súbitamente empezaron a aparecer los primeros brotes de una rara enfermedad caracterizada por fiebre elevada y manifestaciones gastrointestinales; alguien dijo que era la *influenza española*. Probablemente el desequilibrio hidroelectrolítico fue lo que condujo a la muerte a gran cantidad de personas en aquel apartado lugar, pero la dedicada Raquel, recordando las lecciones de herbolaria, entró en acción. Descortezó una importante cantidad de árboles de copalquín, maceró las cáscaras en el molcajete y preparó gran volumen de la infusión que luego repartió en el barrio donde vivía, dejándolo al pie de las puertas de las viviendas con un letrero que decía: “Dé de tomar este té a sus enfermos”.

Empezó a notarse que lenta pero progresivamente los enfermos se iban recuperando. La epidemia tuvo una duración aproximada de un mes y, pese a que dejó un saldo de varias decenas de muertos en todo el pueblo, el barrio de Raquel tuvo saldo blanco.

Insólita cesárea

Mina, con ocho años de edad, jugaba con un pequeño grupo de amiguitas en el arroyo, trataban de mitigar el calor del medio día cuando de pronto descubrió en la orilla, junto a un matorral, a una víbora que se desplazaba con dificultad debido a una gran tumoración a la mitad de su cuerpo. Ella y Margarita salieron del agua dirigiéndose al reptil, lo inmovilizaron prensándole la cabeza con una horqueta. Enseguida Mina le pidió a Margarita que fuera a casa a traer la navaja que guardaba en la bolsa de sus cuadernos. La niña no tardó en regresar. Para entonces Mina ya había *anestesiado* al animal con un certero golpe que le había propinado con una piedra. Con mucho cuidado le clavó en el vientre la filosa navaja y su sorpresa no tuvo límites cuando liberó del estómago de la serpiente, a un sapo todavía vivo.

La vaca pinta

Bernardo había trabajado en la mina El Tigre extrayendo oro del subsuelo y, como en casi todos los casos de personas que se emplean en ese oficio, adquirió la silicosis, enfermedad caracterizada por afecciones del aparato respiratorio: tos, dificultad para respirar, palidez y debilidad, y esas eran las molestias que lo aquejaban día y noche. Su única esperanza era que su agonía fuese breve y menos pesada. Quiso regresar al lugar donde había pasado los mejores años de su vida y fue a dónde todavía vivía su padre: al rancho Los Pilares (situado en las estribaciones de la Sierra Madre Occidental, a dos días de camino de Mineral de Dolores, Chihuahua). Bernardo llegó muy enfermo y resignado a esperar el final de sus días.

Uno de sus modestos gustos era tomar un pequeño vaso de leche tibia de vaca recién ordeñada, pero los hijos varones se cansaron muy pronto de satisfacerlo. Habían pa-

sado varios días sin complacerlo y aquella madrugada *Mina*, de escasos diez años de edad, escuchó a su padre pedirle a doña Raquel el alimento que satisfacía su hambre (o su capricho). Sólo se escuchó el silencio y el canto de los grillos como respuesta. Seguramente la pobre mujer rendida por el cansancio de atender a los demandantes hijos y a él mismo ni lo escuchó.

Mina se deslizó lentamente de la cama que compartía con dos de sus hermanas, fue a la cocina por un pequeño recipiente, salió de la casa y recorrió el predio rústico donde crecía espinosa y achaparrada maleza. Cruzó el arroyo, caminó aproximadamente cien metros, justo donde se levantaba la palizada que formaba el corral y donde se dibujaban las siluetas oscuras de las vacas y toros bravos a los que tanto temía, pues había visto cómo, sin provocación, uno de éstos embistió a un rancharo hiriéndolo de gravedad.

Eran las cuatro de la madrugada cuando bordeaba el corral la pequeña *Mina*, divisó a la vaca pinta arrimada a la orilla y la *manió* atando las patas traseras con una cuerda que había encontrado colgada de uno de los troncos. Aprentando rítmicamente con sus pequeñas manos la ubre de “La Pinta”, obtuvo la leche que tanto deseaba su padre y que recibió doña Raquel con lágrimas en los ojos.

Noblemente, sin otorgar a sus actos la magnitud que revestían, *Mina* volvió a acurrucarse en su cama a continuar con sus benditos sueños de niña.

El morral del chichimoco

Como el resto de los escolares, *Mina* portaba orgullosa su morral de manta cargado con sus útiles y aún mayor cantidad de inútiles. Entre los útiles tenía: una navajita, piedras para espantar a los perros y un gracioso e inquieto *chichimo-*

co (pequeño roedor de la familia de las ardillas) que la acompañaba a todos lados, era su amigo secreto con quien pasaba tardes agradables alimentándolo, incluso hasta le había enseñado a hacer algunas piruetas; bueno, es posible que el chichimquito ya las dominara y ella sólo le descubrió esas habilidades. Evidentemente que la compañía era grata para ambos, pero —nunca falta *el prietito en el arroz*, tampoco la felicidad es eterna, aunque hay cosas que la prolongan— una mañana la maestra, alertada por una niña del salón, revisó el morral de Mina. Grande fue la sorpresa para la maestra cuando le saltó a la cara el famoso chichimoco al momento de ser supervisada la bolsa, propiciando tremendos gritos por parte de la institutriz, al grado que hicieron que el afamado chichimoco se asustara más, y por tratar de liberarse acertó a morderle la mano para luego huir velozmente ante el júbilo y las carcajadas de los niños.

Cuando se calmaron los ánimos, Mina y la niña acusadora pasaron el resto de la mañana experimentando el cruel pero típico castigo: hincadas en el centro del patio escolar, con los brazos levantados, las muñecas a nivel de los hombros y medio ladrillo de barro en cada mano. Obviamente mientras la profesora se descuidaba para continuar con la clase, los ladrillos eran depositados en el suelo, pero volvían a su obligada posición al ser observadas.

Queda una pregunta por responder: ¿dónde quedó el famoso chichimoco? Nunca más fue visto, seguramente por mucho tiempo se carcajeó de los agudos gritos de la profesora.

El misterioso caso de los chiles sin punta

Los chiles, en su amplia variedad, son un condimento esencial en la comida mexicana, pero los de aquel pintoresco pueblo enclavado en la Sierra de Sonora estaban siendo víctimas de una extraña plaga.

José, el tendero, estaba seriamente preocupado porque hacía varias semanas que las ristras completas de los chiles que ponía a secar perdían sus puntas y se pudrían. La situación se agravaba por la actitud de las clientas, quienes habían amenazado con surtir sus víveres en otro lugar. El dueño del changarro ya había colocado trampas para ratones cerca de los colgantes conglomerados de chiles, también depositado insecticida a la cuerda de la que pendían, incluso llegó al grado de amarrar a Solovino —su viejo pero bravo perro— al pie de los chiles. Y nada sucedía. Seguramente éste se dormía o algo le pasaba porque nunca avisaba. El extremo fue cuando José, al borde de la desesperación, decidió montar guardia en un lugar alejado, pero con pleno dominio visual de sus maltrechos condimentos.

Pasaron dos días de aburrida expectación y nada, fue al tercer día cuando súbitamente se despejó la gran incógnita. Como era costumbre, en breve saldrían los niños de la escuela e irían a comprar golosinas, José debía atender a la menuda clientela pero decidió encargar esa tarea a su esposa para él, como los buenos soldados, no abandonar su plaza; además de que ya le estaba resultando agradable holgazanear con la consabida disculpa.

Mientras los *bochincheros gorriones* pedían todos a la vez dulces y galletas, los nervios de la nueva despachadora iban poniéndose de punta, y Mina, con suma cautela y deci-

dida seriedad, se acercó portando en su mano la inseparable navajita y comenzó a cortar una a una las puntas de los chiles de la nueva ristra, recién colgada en el tejaban de la tienda.

Las evidencias la condenaron irremediablemente y fue llevada por el indignado tendero ante la madre de la pequeña, para posteriormente soportar estoicamente el imperdonable castigo. En su defensa, Mina lo único que se atrevió a decir fue que: ¡se veían tan deliciosos! En tanto, y una vez aclarado el misterioso caso de los chiles sin punta, don Bernardo tuvo que pagar varias ristras.

El fin del mundo

El lugar estaba tranquilo, a ese rancho enclavado en la sierra llegaba poca gente extraña, normalmente iban y venían rancheros y amas de casa locales. Fuera de la rutinaria sencillez, pocas noticias importantes llegaban; pero cierto día una se propagó como fuego en reguero de pólvora, quizás alguien, con la ingenua intención de divertirse, había iniciado una reacción en cadena que nadie pudo detener. El rumor llegó a casa de doña Raquel en la angustiada voz de su vecina:

—Raquelita, que sea lo que Dios quiera, me acabo de enterar que ¡parió una mula en Zacatecas! Vino a avisarme la hija mayor de doña Chepa, pero no pudo decirme más, el llanto y los sollozos se lo impidieron.

Doña Raquel, estrechando a Mina contra sí, de escasos ocho años de edad, solamente pudo decir con voz entrecortada:

—Señor, ¡hágase tu voluntad!

Aquella frase pronunciada por la vecina podría parecer difícil de descifrar para cualquier persona extraña, pero no para esa gente. Todos aquellos sencillos pueblerinos guarda-

ban, en el fondo de su ingenuo corazón, la esperanza de que nunca sucediera tal profecía.

Las acémilas o bestias mulares, como bien sabemos, son híbridos nacidos de la mezcla de genes de dos especies diferentes, aunque parecidas: de burro y de yegua, y resultan ser estériles; es decir que no pueden tener descendencia. Por otra parte, Zacatecas es un estado de la República mexicana que por empezar con la última letra del alfabeto podía deducirse —con una lógica especial, nacida de la ignorancia— que estaba *hasta lo último de lejos* y sólo en esos lugares lejanos podían ocurrir cosas tan extrañas e incomprensibles. De tal manera que *una mula parida en Zacatecas* no podía ser otra cosa que el seguro presagio del *fin del mundo*.

Al retirarse la inconsolable vecina, doña Raquel empezó a reunir a sus hijos, pues no concebía recibir el fin del mundo sin alguno de ellos:

—¡Rosario, Roselia, Alejandro, Francisca, Clotilde, Angelina, Francisco, Minaaaa!

Repasaba a gritos mientras sostenía en brazos al pequeño Tachito, de dos meses de edad, y Mina permanecía a su lado.

Papá Bernardo, como era usual, había salido antes del amanecer para llevar los animales a pastar y justo ese día regresaría cerca de las seis de la tarde para aprovechar la poca luz que le quedara y terminar de reforzar las láminas del techo.

Era un trabajo relativamente fácil, y desde el día anterior había dejado listos los clavos, el martillo y las corcholatas para dicha faena; la escalera estaba colocada en la parte posterior de la casa.

Todavía faltaban dos horas para su regreso, así que Mina aprovechó la confusión que producían los gritos y las carreras de todos para ir a la cocina y tomar unas tortillas

de harina, les puso encima un poco de la machaca con papas que había en un sartén sobre la estufa y salió de la casa.

A las nueve de la noche el barrio se encontraba más calmado, o tal vez resignado ante los designios divinos, pero la familia de Bernardo y Raquel, así como algunos vecinos solidarios, estaban preocupados buscando a Mina. Alumbrándose con antorchas y temiendo lo peor, entre otras cosas que hubiera sido atacada por algún animal, uno de los hijos mayores se regresó a la casa para mitigar la sed provocada por el cansancio y el temor, cuando de pronto escuchó ruidos y sollozos entrecortados que provenían del techo. Salió corriendo, subió por la escalera y encontró a Mina, acurrucada dentro de la casita de las palomas; su razón: el fin del mundo nunca la alcanzaría en aquel lugar tan alto.

Descubriendo el tinte naranja

Cuando papá Bernardo lograba elaborar suficientes quesos, cecina y otros productos, cargaba varias mulas y junto con ocho o diez hombres emprendían el viaje hacia Dolores, Chihuahua, donde repartía previo trato su mercancía en varias tiendas. Era un viaje cansado y algunas veces peligroso, porque siempre existía la posibilidad de encontrarse con algunos merodeadores; sin embargo, esa vez transcurrió sin sobresaltos.

Como es natural, dichos viajes también se aprovechaban para surtir la mercancía necesaria en el rancho, tal era el caso de ropa, calzado, juguetes para los niños y regalos. Para tal ocasión el encargo principal era una pieza o rollo de tela para confeccionar sábanas, fundas para almohadas, vestidos, camisas, etcétera. Obviamente se producía gran cantidad de ropa parecida, puesto que el rollo (de varios metros) era la misma tela en toda su extensión.

Para el encargado era una tarea difícil, pues debía elegir un estampado que se adaptara a niños y adultos, hombres y mujeres. Bernardo no se esforzó mucho ni perdió tiempo en esa tarea, así que al regresar de tan esperado viaje la frustración de Raquel no pudo ser mayor: un gran royo de manta color opaco y deslucido.

Como siempre, Mina no perdía detalle y observó la tela sin hacer comentarios. Al igual que a todos los niños de su edad, a Mina la impulsaba su gran energía para desarrollar cualquier actividad, así que salió al patio de la casa e invitó a sus hermanas a jugar a las escondidas. A Mina le correspondió esconderse y no tuvo mejor elección que el encino que se encontraba frente a ella. Se dio la voz de “ya” y con agilidad felina trepó por el rústico tronco. A éste se le desprendió un pequeño fragmento de corteza dejándolo al desnudo.

Después de la infructuosa búsqueda, Mina bajó del árbol para reiniciar el juego, pero una de sus hermanas notó una mancha que tenía en la parte frontal de su blusa. Buscando una explicación miraron hacia el árbol, ésta saltaba a la vista. Mina corrió al arroyo cercano, se quitó la prenda y la enjuagó, pero no fue posible eliminar la mancha. Se volvió a poner la blusa, húmeda, y cabizbaja se sentó. Después de pensar un rato en lo sucedido, pegó un brinco y gritó: “¡Lo tengo! ¡Lo tengo!”, ante la interrogante mirada de sus hermanas.

Doña Raquel, todavía pensativa y observando el poco atractivo rollo de tela, fue cuestionada abruptamente por Mina: “¿Mamá, me regalas un poco de la tela?”. Doña Raquel contestó sin voltear: “Toma la que necesites”. Con las tijeras y como pudo cortó un trozo de aproximadamente treinta centímetros cuadrados. Volvió al encino y cortó trozos de la corteza, los puso en una cubeta con agua y depositó

también el trozo de tela. Al día siguiente, cuando revisó su experimento, encontró justo lo que esperaba: la manta teñida uniformemente de un bonito color naranja.

Días después doña Raquel confeccionaba prendas para sus niñas y esposo con telas de ese llamativo color naranja, y que con toda justicia papá Bernardo debía ponérsela.

Dinero llama dinero

Entrada la mañana mamá Raquel gritó:

—¡Mina, busca a tu hermano Alejandro y vayan a traer esta lista de *mandado* a la tienda de los chinitos!

Tomaron la bolsa de *pita* (ixtle), la lista y dos monedas de oro; una de cincuenta pesos (conocida como *alazana*) y otra más pequeña, de cinco pesos, y se despidieron entre juegos y carreras.

Por la ruta que eligieron se encontraba un pequeño barranco y fue ahí donde un descuido hizo que Alejandro soltara la moneda de cinco pesos, que rodó libre cuesta abajo ante la mirada atónita del niño. Mina, impasible, observó la pasividad de su hermano mayor y *tomó cartas en el asunto*:

—No te preocupes, “dinero llama dinero”.

Y uniendo la acción a la palabra, arrojó la *alazana* que rodó y rodó, al tiempo que ella corría detrás; pero la moneda fue más veloz y no la alcanzó. Pasaron el resto de la mañana buscándolas, sin que la suerte estuviera de su lado. Tristes y acongojados regresaron para ser fuertemente reprendidos por su madre.

Mina, más que insatisfecha avergonzada, regresó por la tarde al barranco. Empezaba a oscurecer cuando uno de los últimos rayos de sol llegó a sus pupilas después de reflejarse en una de las monedas que se encontraba a escasos centímetros de la otra. ¡Vaya que dinero llama dinero!

No cabe duda que la perseverancia nos acerca más al éxito que la inteligencia, pero ¿si se combinan ambas?

Un par de zapatos para mamá Raquel

Lo que más estimulaba la imaginación de los habitantes del rancho Los Pilares era la distancia con los pueblos grandes o ciudades, además de las dificultades y peligros que entrañaba atravesar la sierra que une a los estados de Chihuahua y Sonora.

Una actividad común era la preparación de las pieles para elaborar diversos artículos, principalmente del ganado vacuno y de venados sacrificados para consumo humano. El curtido de éstas para convertirlas en baqueta o gamuza consistía en exponer los cueros a diferentes procedimientos, usando cal de un yacimiento cercano o cenizas, para darles las texturas especiales.

Mina, tras la observación de estos trabajos conocía las bases para realizarlos y a sus diez años de edad se había dado a sí misma la responsabilidad de calzar a su madre — obviamente también hacía los propios—, así que en cuanto le notaba los zapatos deteriorados inmediatamente se ponía a confeccionarle unos.

Requería de un par de hormas que papá Lalo le surtía en la ciudad de Dolores y sobre unos artefactos llamados *patas de fierro* colocaba la piel hasta que adquiría la forma adecuada; cosía en la máquina una suela de baqueta que a su vez cortaba sobre una plantilla metálica; pegaba dos o tres semicírculos del mismo cuero para hacer las veces de tacón y luego una o dos capas de tinta negra o café para darles el toque final y ilistos! mamá Raquel tenía zapatos nuevos.

Cortando leña

Era de madrugada cuando doña Raquel pedía a Alejandro (de diecisiete años y el mayor de los varones) que se levantara a cortar leña para atizar el fuego del fogón. Ella debía preparar el desayuno para todos y él, que nunca fue madrugador ni de mucha iniciativa, sólo se volteaba y seguía durmiendo.

Mina, cansada de esperar a que su hermano atendiera la indicación, sigilosamente y a escondidas de su madre, fue al lugar donde papá Lalo guardaba celosamente una peligrosa hacha de doble filo, que sólo él usaba por temor a que alguien se lesionara. A sus doce años ella ya lo había visto usarla en incontables ocasiones y no le parecía *cosa del otro mundo*, así que cuidadosamente la retiró de su lugar y emprendió la tarea. Después de un largo rato de ausencia regresó cargada con un tecio de leña; mientras su hermano Alejandro continuaba en plácido sueño.

Velorio en el barrio chino

En el mineral de El Tigre existían tres grupos sociales distintos, cada uno con sus hábitos y costumbres bien diferenciados. El barrio habitado por los norteamericanos había concesionado la explotación y administración de los recursos extraídos de las minas y su estadía en ese lugar obedecía exclusivamente al aprovechamiento de dicha asignación, por supuesto eran los dueños del producto; también contrataban y establecían los salarios de los trabajadores, pero cuando las minas dejaron de ser autofinanciables porque las vetas se habían agotado, simplemente las abandonaron y regresaron a su país, con sus arcas repletas del áureo metal.

Otro era el barrio de los inmigrantes chinos: hombres reservados en el trato, laboriosos, limpios y organizados. Co-

merciaban con distintos productos como frutas, hortalizas y cereales que ellos mismos cultivaban. Muchos formaron hogares con nacionales pero, aún bajo ese estatus, tuvieron que abandonar el país debido a su condición de inmigrantes ilegales. Fuentes dignas de crédito aseguran que cuando regresaron a su país, mujeres que habían tenido descendencia con ellos los acompañaron por su libre decisión, pero cuando estuvieron allá optaron por retornar debido al mal trato que recibieron.

El tercero era el barrio de los mexicanos. Como es natural, estaba habitado por mayor cantidad de pobladores que desempeñaban diversos trabajos como la agricultura, ganadería y diversos oficios, entre ellos la minería. Esta última era muy riesgosa, pues quienes se dedicaban a ella casi siempre terminaban sus días gravemente afectados por silicosis, tuberculosis o ambas enfermedades.

A los 14 años Mina y su familia, vivían muy cerca del barrio chino. Por las noches llegaban hasta su domicilio los acordes de un instrumento de cuerdas que acompañaba a la voz de un anónimo y bien entonado pero monótono cantante. Cierta tarde, la uniforme y habitual serenata nocturna cambió leve pero perceptiblemente para dar lugar a una melodía triste. Mina, aguzando sus sentidos, pudo advertir que a lo lejos se congregaban en un domicilio personas vestidas de negro. Quiso compartir la noticia con sus amistades que a esa hora estarían reunidas en la plaza y se dirigió al lugar. Ahí acordaron ir a donde se reunía aquella gente. La curiosidad las instigaba pero el temor a despertar el rechazo de los asiáticos las detenía; finalmente vencieron la audacia y resueltas se dirigieron al lugar de donde procedía el canto. Deseaban conocer un poco más de la cultura de esa raza.

Fueron recibidas en la puerta de la vivienda por una persona adulta, quien hizo una reverencia y las invitó a pa-

sar, con señales de respeto y atenciones a las que no estaban acostumbradas. Les asignó un lugar a cada una, y recibieron de los asistentes miradas con gestos de amabilidad y sonrisas condescendientes.

Después de un tiempo prudente las visitantes se retiraron, no sin antes ser invitadas para el día siguiente al sepelio, al que por supuesto asistieron. Una vez concluidas las exequias, uno de los chinos mayores se acercó a las jóvenes para agradecerles el haberlos acompañado, asegurándoles que esa había sido la mejor muestra de respeto que por aquella penosa circunstancia habían recibido de los mexicanos.

Aceite de perro

Bernardo pasaba por los momentos más difíciles de su enfermedad y la silicosis se mostraba a punto de cobrar una vida más; los pulmones ya no le respondían y, aunque trataba de inhalar desesperadamente grandes bocanadas de aire, parecía ahogarse por la falta de oxígeno. Algo así como lo que le ocurre a un desdichado pez fuera del agua.

La familia entera sufría con él, más por no poder hacer mucho en el permanente deterioro de su salud. La esperanza se reavivó cuando una vecina dio a doña Raquel la noticia de que Jacinto había llegado al pueblo, hombre que gozaba de gran prestigio como curandero. Sin esperar un minuto más, pidieron a uno de los hombres de la casa que fuera a su encuentro y lo trajera lo más pronto posible. Así fue. El viejo yerbero no tardó en llegar y rápidamente fue puesto en antecedentes sobre el caso. Con gesto adusto y gran comedimiento revisó al enfermo mientras hacía una que otra pregunta. Finalmente, con voz grave y actitud de sabio, dijo:

—Este hombre está tan enfermo que son ineficaces los mejores remedios con que dispongo. Es muy difícil la reha-

bilitación de los pulmones tan dañados, ya he visto varios casos con tan avanzada evolución...

Hizo una pausa y sentenció:

—Sólo hay un remedio capaz de revertir el mal... —mientras asentía con la cabeza aseveró— el aceite de perro. Pero ¡cuidado!, es tan fuerte para las condiciones del enfermo que sólo deben darle una vez al día lo que quepa en la puntita de una cuchara pequeña.

Cualquier cosa hubiera hecho *Mina* por salvar a su padre, y así lo hizo. En alguna ocasión vio a su madre quitar y calentar la grasa de una gallina que iba a cocinar. En forma de aceite la guardó, diciendo: “es enjundia de gallina. Va frotada en el pecho y resulta buena para la bronquitis”. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Su reacción inmediata fue salir en busca de un perro gordo. Lo encontró rápidamente, lo acarició y éste, dejándose querer, la siguió y permaneció a su lado mientras ella clavaba dos estacas al pie de un árbol que crecía detrás de la casa.

Amarró dos cuerdas a las estacas y a las patas traseras del animal. Acto seguido, por una rama gruesa del árbol pasó un lazo que luego ató al cuello del inocente perro. Después jaló y jaló y cuando sus fuerzas estaban a punto de abandonarla, el noble cuadrúpedo exhaló su último suspiro. Tibio aún el animalito, con el cuchillo de la cocina y con gran dificultad le quitó la piel —como había visto a los rancharos hacerlo con el ganado que sacrificaban—, y le retiró la grasa suficiente para llenar un botecito encontrado en la alacena. Retirándose de la casa cavó un pozo lo más profundo que pudo y sepultó al infortunado can. Fundió la grasa al calor de la leña, que siempre permanecía encendida en la antigua estufa, y poco después entraba a la habitación para entregar el esperanzador remedio a su apesadumbrada madre, quien sin mayor preámbulo inició el tratamiento.

Continuaron cayendo una a una las hojitas del calendario, que permanecía clavado en la pared, e inevitablemente varios días después, inconsolables una viuda y nueve huérfanos, daban el último adiós a papá Bernardo.

Etapa adulta

El tonto Trini

Trinidad era un leñador que vivía en El Tigre. Sus gruesos y fuertes brazos le facilitaban su actividad y aunque tenía cierto grado de retraso mental, no era impedimento para que realizara la actividad con la que se ganaba honradamente el sustento. Se ponía al servicio de quien necesitara leña, así que eran muchas las personas que lo requerían; pero él buscaba particularmente a Mina porque le pagaba con corbatas de su difunto esposo, el Dr. Julio Holguín, quien tuvo la costumbre de vestir pulcramente con traje combinado con vistosas corbatas.

El trabajo de Trini era una bendición sobre todo durante el crudo y nevado invierno, pues era él quien ayudaba a mantener el calor de los hogares; sin embargo, a Mina le duró poco el gusto porque pronto se le terminaron las corbatas. Ingeniosamente cortó un viejo vestido de seda y de los fragmentos confeccionó varias corbatas. Al volver el tonto Trini con la leña necesaria, inmediatamente notó la diferencia en la calidad de su pago y airadamente la rechazó. A Ella no le quedó más que pagarle con alimentos que acababa de preparar y a él aceptar, aunque no de muy buena gana, pero no volvió durante un buen tiempo.

Mina afirmaba, con pruebas contundentes, que “no hay tonto que coma lumbré” o que acepte “gato por liebre”.

Iniciando un pueblo y una honrosa actividad

Los yaquis —indígenas del noroeste de México— se distinguieron por ser un pueblo valiente y decidido que no toleró la presencia de los conquistadores españoles y que luchó en defensa de su territorio, incluso existen registros en los archivos del CDI-Mex¹ que confirman los enfrentamientos entre ambos en 1607 y en los que los nativos salieron victoriosos.

Los yoris (blancos) siguieron ejerciendo presión sobre los yoremes (hombres originarios del mayo y del yaqui) pero a través de misioneros jesuitas al principio, y de los franciscanos después (en 1741), se condujo un levantamiento encabezado por Ignacio Muni, Calixto, Baltazar y Esteban, mismo que terminó con la firma de un tratado en el que se reconoció el derecho de los yaquis a conservar sus costumbres y forma de gobierno, así como la posesión total de sus tierras y el derecho a conservar sus armas.

No obstante, a partir de 1767 se iniciaron los principales problemas de los yaquis y que arrastran hasta la actualidad: la migración de colonos y el despojo progresivo de su territorio, aunque para esto último existan antecedentes de otras rebeliones como las de 1825 y 1852 —la primera liderada por Juan Banderas (Ignacio Jusacamea), quien proclamó la independencia de la Confederación India de Sonora y fue procesado en 1832 junto con los líderes de los grupos étnicos ópatas y mayos, que integraban la Confederación—; esta última no fue sofocada hasta 1868 con el exterminio casi total de los yaquis y los mayos. Las guerrillas continuaron y durante el Porfiriato se intensificó la ofensiva: miles de ya-

¹ Véase para más información http://www.cdi.gob.mx/print.php?id_seccion=359, consultada el 7 de noviembre de 2007

quis fueron vendidos como esclavos en el sureste del país. Álvaro Obregón prometió devolverles su territorio si participaban del lado del gobierno en el conflicto revolucionario, pero faltó a su palabra y en 1929 hubo nuevos levantamientos. En 1937 Lázaro Cárdenas les ratificó la posesión de un territorio de 485,235 hectáreas y posteriormente, con la construcción de las presas *La Angostura* (concluida en 1941) y *Oviachic* (iniciada en 1945 y concluida en 1952), los yaquis perdieron el indispensable y vital recurso agua, por lo que tuvieron que migrar masivamente a los centros urbanos del estado.²

Siendo tan extenso y deshabitado el territorio del Estado de Sonora, al concluir la presa La Angostura y aún sin iniciarse la de Oviachic, el gobierno en lugar de indemnizar económicamente a los trabajadores optó por fundar una nueva colonia a la que llamó *Irrigación* —hoy Villa Juárez (cabecera municipal)— y los dotó de predios rústicos que debían preparar para terrenos de cultivo en lo que hoy es el municipio de Benito Juárez.

De esta forma es como llegaron a la gran planicie —muy cerca de la costa del Pacífico— nuestros primeros pobladores, el 4 de diciembre de 1942.

Guillermina Banda Ramírez (Mina) meses antes había enviudado del Dr. Julio Holguín López, tras un homicidio artero —resultante de una decisión tomada en un litigio efectuado cuando el doctor se desempeñaba como juez de paz en su comunidad de *El Tigre*—. Ella fue invitada por su hermana Francisca, su cuñado el Sr. Humberto Pomposo y otros familiares a integrarse a la nueva colonia Irrigación. Era el año de 1946, tenía 31 años de edad y ocho hijos (Alejandro, el más pequeño, de apenas nueve meses).

² Fuente:<http://www.elimparcial.com/buscar/traernotanew.asp?NumNota=448621>, consultada el 7 de noviembre de 2007.

Mina había aprendido de su esposo las primeras lecciones de un difícil oficio, no obstante su temple y audacia no había querido acercarse a las actividades médicas de él pese a su insistencia. Cierta ocasión en que él atendía el parto de Angelina, hermana de Mina, y motivado por la protección al pudor de la parturienta, su reiterada petición surtió el efecto deseado: tomó el lugar del obstetra, mientras él la dirigía desde la cabecera de la paciente. Aquella nueva experiencia la dejó maravillada, de tal forma que en lo sucesivo era quien buscaba acrecentar su experiencia asistiendo a su esposo, leyendo sus libros e intercambiando impresiones.

Después de año y medio de práctica obstétrica, en la que ella era quien atendía a las pacientes en trabajo de parto, ocurrió el infortunado atentado a la vida de su esposo. Ella se dedicó de lleno a la actividad aprendida y obtuvo un honesto y decoroso *modus vivendi* para sacar adelante a su numerosa familia. De hecho, justo el día que arribaron a la colonia Irrigación solicitaron atendiera un parto. Todo concluyó felizmente con el nacimiento de un varón y una ganancia económica de ciento veinticinco pesos, y a partir de ahí comenzó la fama, el prestigio y el respeto de toda la región por Mina “la enfermera”. Tres partos en promedio por semana era su cuota, entre las colonias Irrigación, Batevito, Jecopaco, El Alto, Agua Blanca y otras.

No todos pagaban en dinero, había quienes lo hacían en especie, como los trueques de nuestros antepasados: un bien por un servicio o un bien por otro equivalente. Los carniceros pagaban con su producto a razón de 40 centavos el kilo, lecheros también a ese costo el litro, el panadero, el tendero, etcétera. Los hijos mayores pasaban diariamente a estos establecimientos para recoger la mercancía, el dueño anotaba en una libreta lo que entregaba e iba descontando hasta saldar su deuda.

De esta manera Mina contribuyó al crecimiento de su nuevo pueblo, así como lo han hecho varias generaciones de hombres y mujeres que han salido de él.

Las hornillas de ladrillo

Recién llegados a la colonia Irrigación, Mina e hijos se alojaron en una casita contigua ubicada en la parcela de Humberto Pomposo y su esposa Francisca, hermana de Mina. Eran unos cuartos de adobe independientes a la casa principal. Ahí vivieron varios años, hasta el fallecimiento del atento cuñado, porque Francisca les manifestó la necesidad de desocupar la propiedad. Mina le pidió un poco de tiempo, para construir en un lote que la sociedad de colonos le había otorgado, y su hermana se lo concedió.

Realmente Mina dudaba en quedarse en Irrigación, pues los colonos de Jecopaco le ofrecían 20 hectáreas y un lote para construir su casa debido a que la consideraban un excelente recurso humano para atender la salud de los habitantes. La condición para beneficiarla con los terrenos era que se fuera a vivir al lugar, pero los colonos de Irrigación se enteraron y le igualaron la oferta. La decisión de quedarse allí se debió principalmente a que ya tenía inscritos a sus hijos en la escuela de la comunidad.

Semanas antes se había presentado el primer brote de lo que pronto se convertiría en la epidemia de *fiebre asiática* (y que cobró muchas víctimas en la región). El hecho acrecentó su trabajo como enfermera asistente de los pasantes de medicina que prestaban sus servicios en la pequeña e insuficiente clínica local —misma que había sido habilitada por la Asociación de Médicos de Sonora y posteriormente integrada al Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) de esa demarcación—. Además del trabajo institucional, Mina

se daba tiempo para atender a los enfermos no derechohabientes, a quienes administraba los tratamientos parenterales que indicaban los médicos en el ejercicio privado.

El interés por salvaguardar la vida de sus vecinos así como la apremiante necesidad por construir un hogar para sus hijos la animaban a trabajar duro, día con día, de ese modo su economía mejoró, permitiéndole comprar material para su vivienda; pero sucedía algo curioso: los ladrillos desaparecían del lote donde construiría y *como por arte de magia* aparecían en la casa de los vecinos nuevas hornillas de ladrillo. Cansada de la situación clavó junto al material un letrero que decía: “Por favor no sigan robando mis ladrillos para hacer sus hornillas. Los necesito para hacer mi casa. Atentamente: Guillermina, la enfermera”.

¡Santo remedio! Los ladrillos ya no desaparecieron más, ¿sería por la pena de haber sido descubiertos o que ya todos habían terminado de construir sus respectivas hornillas? No importa. Lo importante es que finalmente Mina logró construir su casa familiar.

El surtidor del valle

Cinco años habían pasado desde que llegaron a Irrigación, Mina se encontraba de visita en casa de su hermano Francisco cuando se detuvo el camión de las mercancías diversas. “El surtidor del valle”, ostentaba como nombre, era conducido por su propietario don Pedro Alvarado Medina. Ella se acercó y compró unas botitas para su pequeño Alejandro, pero mientras veía la mercancía el vendedor la observaba insistentemente. Después él siguió visitando el lugar con el interés de volverla a ver, pero sin suerte.

Cierta ocasión don Pedro le confió a Manuelita, esposa de Francisco, que estaba enamorado de su cuñada; ella

sabía que a Mina tampoco le había parecido indiferente, así que con su intervención comenzaron una amistad, y luego de un tiempo una relación que duró varios meses.

Tras la sospecha de estar embarazada, Mina anunció a Pedro la noticia, a quien obviamente lo tomó por sorpresa; no obstante acordaron esperar hasta estar seguros para decidir qué hacer. En esos días Pedro se encontró con Maximiliano, otro joven que también pretendía a Mina, y le comentó de la noticia recién conocida. Max le respondió:

—¿Estás seguro que es tuyo?

Pedro prefirió no entrar en detalles y se alejó, pero la duda se había sembrado en su interior, así que cuando volvió a ver a Mina le expresó su duda poniéndola al tanto, ella respondió:

—Si dudas de mí, creo que mejor no debes volver.

Él tenía un secreto y en ese inoportuno e incómodo instante decidió hacérselo saber: era casado. El castillo de sueños se derrumbó a partir de ese momento pues se sintió decepcionada, burlada y engañada.

Desde tiempo atrás Pedro y su esposa María Rodríguez enfrentaban dificultades en su relación de pareja, pero su hijo Francisco Javier los mantenía unidos y sin la intención de separarse. María también tenía su camión para la venta de mercancía, pero era conducido por un chofer contratado y era él precisamente el origen de los conflictos del matrimonio, hasta que un día Pedro los sorprendió en pleno romance y, de mutuo acuerdo, decidieron divorciarse. El proceso de separación fue sencillo y breve y, una vez concluido, Pedro buscó a Mina para ofrecerle formalizar la relación, se comprometía apoyarla en la formación de sus ocho hijos y por supuesto el de ambos: Héctor Manuel. La señora Raquel, madre de Mina, dio su aprobación; pero Gilberto, el hijo mayor que ya tenía 18 años de edad, se opuso

terminantemente a la intención de la pareja. Incluso huyó de la casa y se fue a la ciudad de Cananea, donde vivía su tío Ramón Holguín López; el hecho originó un conflicto familiar que culminó con la negativa de Mina de contraer nuevas nupcias.

Un año después Pedro se casó con una joven 21 años menor que él, Oralia Agüero, y con quien procreó nueve hijos. Él falleció en el año 1982.

Héctor Manuel se integró a la familia como lo que era: un hijo de la admirable y amorosa Mina, y fue cuidado y querido por todos sus hermanos.

Meritoria gratificación

La naturaleza ha dispuesto que la mayoría de los partos ocurran en la noche y la madrugada, como aquella oscura y fría en la que, aproximadamente a las cinco, tocaban en su puerta. Se asomó por la ventana y pudo apreciar la silueta de un hombre y dos caballos. Preguntó qué deseaba y aquel indígena alto y gordo dijo:

—Mi mujer va a parir.

Mina, previsora de estas eventualidades, salió lo más pronto posible. El hombre la ayudó a subir al caballo y emprendieron la marcha, sin siquiera preguntar a qué lugar se dirigían. Caminaron cerca de una hora y al fin llegaron a un jacal, donde estaba una mujer en posición ginecológica, con rictus de dolor y cansancio. Había un indio haciendo el trabajo de *tenedor* —consiste en aplicar presión abdominal a la parturienta cuando se presenta una contracción uterina—, mientras la partera empírica trataba de expandir con sus manos desnudas el canal del parto.

Cuando notaron la presencia de los recién llegados, Mina pidió amablemente le permitieran hacer un *recono-*

cimiento de la paciente. La petición fue atendida de mala gana, pues la consideraron una intromisión.

Con expresión amable y movimientos pausados pero seguros, provenientes de la destreza que le daba la experiencia, Mina realizaba su trabajo, hizo algunas preguntas y una rápida inspección. Aplicó las maniobras de *Leopold* para determinar situación, presentación, actitud y posición del feto. Se colocó unos guantes estériles de látex mientras pronunciaba palabras para dar confianza; luego procedió a determinar el grado de dilatación y borramiento del cuello uterino y concluyó que la expulsión del producto era inminente y con profunda ecuanimidad, en voz alta opinó que tardaría más de una hora en dar a luz.

Sabía que aquellas personas sólo entorpecerían el procedimiento y, a juzgar por la sucia apariencia, podían incluso causar alguna infección que pusiera en peligro la vida del recién nacido o de la madre. Preguntó a la pareja de ayudantes si habían consumido algún alimento durante la noche y negaron con la cabeza. Con amabilidad ordenó al dueño de la casa que les proporcionara algo para que desayunaran y los tres salieron de la improvisada sala de expulsión. Atravesaron un patio hasta llegar a la hornilla, donde hervía el agua en una cubeta. El esposo extrajo de una pequeña alacena algunos alimentos que les ofreció para que los cocinaran y de regreso llevó el agua hasta donde se desarrollaba la escena del nacimiento; precisamente, en el momento en que entraba a la habitación se expulsaba la cabeza del bebé. Puso el recipiente sobre una pequeña mesita y asistió el milagro del nacimiento de su primogénito. Una vez que Mina aspiró con una perilla el líquido contenido en la nariz y garganta del recién nacido, con instrumentos quirúrgicos estériles pinzó y cortó el cordón umbilical y el niño respiró espontáneamente. Ella secó los residuos de líquido

amniótico que cubrían al niño y antes de envolverlo avisó de un grito a la partera y su ayudante:

—¡Ya casi nace!

Intercambiando miradas, apuraron el taco de huevo con tortillas de harina que tenían en sus manos y tranquilamente atravesaron el patio. Vieron al hombre con el niño en sus brazos y a la distancia observaron que sin mayor complicación se expulsaban la placenta y las membranas coriónicas.

Era evidente en los rostros de ambos el disgusto, pero Mina los tranquilizó asegurándoles que gracias a los cuidados que habían prodigado a la mujer durante la noche, aquello se había desarrollado sin contratiempos y de manera fácil y, que como ella no tenía ningún mérito, que ellos aceptaran el pago del parto. Gustosos y sonrientes recibieron los doscientos pesos y se retiraron poniéndose a la orden, mientras Mina se hacía cargo de la limpieza para dejar concluido su servicio y haciendo tiempo para vigilar cualquier complicación.

Cuando todo estuvo en completo orden le dio a la puérpera y al esposo las indicaciones de rutina, y pidió prestado un caballo ensillado para regresar. Obviamente se negó a recibir pago alguno. Callado —como en todo momento permaneció el hombre— la acompañó de regreso hasta su casa y sin decir adiós o gracias se fue.

Dos semanas después regresó montado en su caballo y jalando dos mulas cargadas con un costal de frijol, dos de maíz, un puerco y varias gallinas; entregó todo junto con mil ochocientos pesos y dijo:

—Son para ti. Gracias.

Y se marchó.

La Nina Basilia

Para 1953, el trabajo de Mina había aumentado al grado de que no se daba abasto con la atención de partos, las labores de enfermería en la pequeña clínica del IMSS y el cuidado de sus nueve hijos. Su hermana Francisca mandó llamar a Basilia — mujer viuda y sin hijos—, quien inmediatamente respondió al llamado y se trasladó desde la colonia El Tigre para hacerse cargo de los hijos de su querida comadre. Basilia era una mujer delgada, de rostro adusto, con anteojos, liso peinado hacia atrás y nunca usaba una gota de maquillaje; daba la impresión de estar siempre malhumorada. Aunque después de todo tenía razón para estarlo pues no es fácil lidiar con tantos traviesos que seguramente le hacían ver la *vida de cuadritos*.

Su lealtad a Mina y el esmero con que atendía a los niños eran a toda prueba, y de esa manera se ganó el respeto de todos. Ponía especial cuidado en su ahijada *Mona* y en *Alejandro*, quienes la llamaban *Nina* —por madrina—, aunque después todos la llamaron así.

A los niños les intrigaba el hecho de que Basilia no tuviera hijos, y cada que veían pasar volando una garza trataban de animarla con una rima que le recitaban a coro, pues —según el mito— suponían que era la cigüeña que traía a los bebés recién nacidos de París:

Garza morena trae una niña para mi Nina.
Garza morena trae una niña para mi Nina.
Garza morena...

Dejaban de canturrear hasta que el ave desaparecía de su vista o hasta que la Nina Basilia salía chancla en mano y airadamente les gritaba que se callaran.

La Nina era de costumbres y creencias arraigadas, y en cierta ocasión que llovía copiosamente —o a cántaros,

como se acostumbraba a decir en su pueblo— y frecuentes rayos, al pequeño Alejandro le quitó la ropa y lo sacó en brazos a la tempestad, bajo la lluvia rezaba una oración incomprensible al tiempo que movía hacia ambos lados un filoso cuchillo que sujetaba en la otra mano para *cortar* la lluvia. Ante el asombro de todos, ésta cesó casi instantáneamente.

Nina Basilia llegó a la vejez y murió rodeada de aquellos que nunca dejaron de ser sus niños; a quienes trató, cuidó y amó como suyos.

Mina, un ángel de gratitud

Definitivamente que no hay nada más halagador que recibir en vida las muestras de cariño y los reconocimientos por las acciones realizadas, y Mina tuvo la oportunidad de disfrutarlos.

En diciembre de 2005 el pueblo de Benito Juárez, Sonora, le brindó un merecido homenaje presidido por las autoridades del H. Ayuntamiento, además de familiares, amigos y representantes de los diversos sectores de la comunidad.

Emotivos discursos de agradecimiento por su labor que, de forma directa o indirecta, influyeron en la vida de muchas personas de la región, especialmente en quienes estuvieron cobijados por su amor. Al finalizar el acto le fue entregado un cuadro que decía:

Reconocimiento a la *Sra. Guillermina Banda Ramírez* por su gran trayectoria como enfermera de toda una vida siempre útil a todos; una historia de servicio y respeto.

Mina se despidió de la vida terrenal en 2007, a los 92 años de edad, permaneció lúcida hasta el fin de sus días y con la firme convicción de que los seres humanos somos esencialmente buenos.

Y pese a su ausencia, sigue siendo nuestra *Mina de oro*.

Mina de oro. Anécdotas de familia, de Héctor Manuel Alvarado Banda, fue editado en la Dirección General de Publicaciones de la Universidad de Colima, avenida Universidad 333, Colima, Colima, México, www.ucol.mx. La impresión se terminó en septiembre de 2015. Se utilizó papel bond ahuesado de 90 gramos para interiores y sulfatada de 12 puntos para la portada. En la composición tipográfica se utilizó la familia Georgia. El tamaño del libro es de 21 cm de alto por 14 cm de ancho. Programa Editorial: Alberto Vega Aguayo. Gestión Administrativa: Inés Sandoval Venegas. Diseño: José Luis Ramírez Moreno. Cuidado de la edición: Myriam Cruz Calvario.

Todos, alguna vez, nos hemos sentado a escuchar anécdotas o aventuras imaginarias de nuestros adultos mayores. *Mina de oro* es la recopilación de las narraciones nostálgicas de una mujer cuyas circunstancias marcaron de manera indeleble la historia de un pueblo, Villa Juárez, en el estado de Sonora. Las sencillas y cotidianas experiencias de Mina son ejemplos esperanzadores para quienes creemos en objetivos claros y tenemos firmes convicciones de lograr lo añorado, pero sobre todo de contagiarnos del infinito amor de nuestros semejantes y de lo que puede atesorar la memoria de un corazón de oro.

ISBN: 978-607-8356-53-9



9 786078 356539



UNIVERSIDAD DE COLIMA